

Kevin Sedeño Guillén*

“Nuestros juegos, Borges, son distintos”:

Lectores del Quijote (1605-2005), vol. I

Autores del Quijote (1605-2005), vol. II

Sarah de Mojica y Carlos Rincón, eds.

Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005, 390 pp. y 207 pp.

* Profesor, Fundación Universitaria del Área Andina, Bogotá. Correo electrónico: krsedenog@unal.edu.co

Un libro como el Quijote está llamado, por fuerza, a desembarazarse de las intenciones de su creador, para vivir una vida propia; presenta una nueva faz a cada época que se complace con él.

ERICH AUERBACH, *Mimesis*

Don Quijote viene de la lectura y a ella va: Don Quijote es el embajador de la lectura.

CARLOS FUENTES, *Cervantes
o la crítica de la lectura*

A Belzaida Ochoa (Cuba) y María del Rosario Aguilar
(Colombia), mis personales lectoras del *Quijote*.

LECTORES DEL QUIJOTE (1605-2005) y Autores del Quijote (1605-2005), libro en dos volúmenes en homenaje al cuatricentenario de la primera publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, editado por Sarah de Mojica y Carlos Rincón, estructura su propuesta en “las lecturas y los lectores del Quijote”, delimitación que propone “una reflexión crítica sobre nuestra propia localización, sobre el lugar en donde estamos situados, es decir, del examen crítico que pregunta cuáles son las experiencias y tradiciones que condicionaron en el pasado las concepciones acerca del *Quijote*” (16).

Dostoievski se constituye en el primer lector convocado, desde el ensayo de César Valencia Solanilla, quien se propuso examinar el “sentido de la realidad en la creación artística” y lo que denomina la “psicología quijotesca en Dostoievski” (38), puesta en evidencia en la concepción del protagonista de su novela *El idiota* (1866). Como resultado de su análisis afirma definitivamente Valencia Solanilla que: “El idiota es el Quijote ruso” (48). Como *addenda* a este ensayo se incluye un texto de Svetlana Marr que complementa la relación entre Cervantes y Dostoievski.

Cerrando el siglo XIX cobran atención, en el ensayo de Friedrich Wolfzettel, los escritores e intelectuales españoles que entre el romanticismo y la generación del 98 se enfrentan en sus divergentes lecturas del *Quijote*, que fluctúan entre su

condición de símbolo nacional y la de mito literario de la nación. Azorín, Ángel Ganivet, Unamuno y Ortega y Gasset son algunos de estos lectores que hacen del libro de Cervantes un amuleto que cambia sucesivamente de signo.

Vida de Don Quijote y Sancho (1905), saga del 98 en la que Miguel de Unamuno despliega en iguales proporciones su “quijotismo” y su “anticervantismo” —según Teobaldo A. Noriega en su ensayo incluido en *Lectores del Quijote*—, constituye otra lectura “extraliteraria” de la novela cervantina; lectura signada, según Noriega, por el desinterés en sus valores literarios y la intención de construir a partir de la novela una imagen de España. Y como una respuesta tácita a Unamuno interpreta Carlos A. Castrillón el libro *Meditaciones del Quijote* (1914), del filósofo José Ortega y Gasset, en el que se habría propuesto “la recuperación del autor-creador y de su novela” (134), marcando un hito en las aproximaciones a la novela de Cervantes.

Sin embargo, es *El pensamiento de Cervantes* (1925), de Américo Castro, según Carmen Millán de Benavides, el libro que “inicia definitivamente la crítica moderna al *Quijote* en España” (144); aunque su autor considera superadas algunas de sus propias ideas cuando escribe el prólogo del *Quijote* para una edición de la Editorial Porrúa que circularía ampliamente en América Latina años después, hecho que Millán analiza desde una perspectiva cultural.

El arribo de la literatura europea a su punto culminante a finales del siglo XIX y la anticipación del “final de una cultura de Occidente dispensadora de sentido” (179), es la principal impresión que de la lectura de *Mimesis* (1946), de Erich Auerbach, obtiene Hans Jörg Neuschäfer. Sólo en su segunda edición (1949) el libro de Auerbach incluye un estudio sobre el *Quijote*, única obra representativa en el mismo de la literatura española. En su ensayo, Neuschäfer analiza los límites de Auerbach al no haber visto en Cervantes “el entrelazado de los diferentes niveles de estilo” (176) que se produce entre la anécdota central y las historias intercaladas en la novela.

Sarah de Mojica se encarga en su ensayo del primero de los latinoamericanos convocados en *Lectores del Quijote*: Jorge Luis Borges, analizando su problemática recepción por los intelectuales argentinos de la década de los ochenta y su apropiación por los teóricos de la postmodernidad —los lectores de Borges—; para luego realizar un análisis de los textos cervantinos del argentino en sus distintas etapas de relación con el *Quijote*, que concluye en “Pierre Menard, autor del Quijote”. La aproximación de Mojica sitúa sus lecturas en contextos políticos y teóricos que se enfrentan desde campos distintos en pos de la detentación del poder cultural.

El humanismo de las armas en Don Quijote (1948), de José Antonio Maravall, es considerado por Beatriz Pantin como un título desventurado que permeó negativamente su recepción en el complejo momento político de su aparición. En

la búsqueda de un desquite ante la incompreensión, Maravall regresa con *Utopía y contrautopía en el Quijote* (1976), texto en el que Pantin identifica la práctica de su autor como historiador que desplaza su atención hacia las mentalidades, lo que lo lleva “hacer de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* una ‘contra-utopía crítica’” (236).

Carlos Rincón dedica su atención al libro de Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976), al que atribuye una cualidad anticipatoria: “Por su relación con *Terra Nostra* y la radicalidad de la reflexión sobre los poderes y la autoridad de la literatura y la cultura que articula, *Cervantes o la crítica*... marca, sobre todo, un hito en la problematización del estatus de lo literario y la lectura en la época del *Quijote*, así como también para nuestros días” (293). El lector Rincón, que lee a Fuentes, lector del *Quijote*, se adhiere a la crítica de la lectura de Alonso Quijano, que incluye la de las lecturas de todos los lectores del *Quijote* como “aprendizaje de lectura de nuestro mundo” (287).

Como “un Menard a medias” considera Timo Berger a Vladimir Nabokov, ya que “[a]l igual que el personaje de Borges, Nabokov reescribe unos fragmentos del *Quijote* con idénticas palabras (o copia hasta páginas enteras)” (305), esto en un curso universitario que impartiera sobre la novela de Cervantes y que póstumamente fuera publicado como libro en *Lectures on don Quijote* (1983). Lectura considerada por Berger como llena de “vacíos y deficiencias” (320), la de Nabokov implicaría, más que un análisis crítico, una prueba de técnicas y estrategias narrativas que lo conducirían a escribir su propia novela *Lolita* (1955) como una saga cervantina.

Sólo “unas cuantas páginas” (338) que dedica Harold Bloom a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* le sirven a Patricia Trujillo en un análisis que parece superponerse en cercana lectura, con el propósito de “exponer brevemente las razones por las cuales un lector erudito, formado en la lectura de las obras de la tradición, aprecia el *Quijote*” (330). Tanto Bloom como Trujillo encadenan sus lecturas en torno de la “preocupación muy bien fundada” sobre los supuestos peligros que corre la literatura a manos del mercado del entretenimiento y “de una academia obsesionada por poner las artes al servicio de un cambio social que no ha podido conseguirse por vías políticas” (337).

La lectura prologal que hace el novelista Milán Kundera del *Quijote*, en el ensayo de Isabel Exner, parece continuar el desplazamiento de los lectores a autores del *Quijote*, que habíamos visto iniciar a Nabokov y que será el objeto de *Autores del Quijote (1605-2005)*. Exner nos presenta a un Kundera escindido entre considerar al *Quijote* como culminación del género caballeresco y tomarlo como iniciador de la novela moderna, conflicto subyacente de igual modo en la exclusión de “Cervantes como antípoda de Descartes” (351) en la constitución del

discurso de la modernidad. La introducción de Bloom (2003) que defiende en el *Quijote* la aparición de un héroe “que quiere ser él mismo”, se contrapone al prólogo de Kundera (1999), que considera la “voluntad de ser lo que no es” como su razón de existir; oposiciones que son interpretadas por Exner como un enfrentamiento entre el “canon clásico y obligatorio que ha formado la cultura occidental” y una “genealogía literaria de lo marginal que opera críticamente desde los bordes de las estrategias de representación dominantes” (355).

Lectores del Quijote constituye una excelente antología crítica de las lecturas de segundo orden del Quijote en sus primeros cuatrocientos años de existencia, en la que Sarah de Mojica y Carlos Rincón consiguen agrupar reflexiones de amplia significación sobre Dostoievski, Unamuno, Ortega y Gasset, Américo Castro, Auerbach, Borges, José Antonio Maravall, Carlos Fuentes, Nabokov, Bloom y Kundera, entre otros, quienes como lectores del *Quijote* establecieron una marca personal en los acercamientos al texto durante los siglos XIX y XX.

“Nuestros juegos, Borges, son distintos”, nos recuerda Sarah de Mojica que le dijera Raimundo Lida a Jorge Luis Borges —en conversación con María Esther Vázquez (1984)—, cada uno en su respectivo rol de profesor de literatura y de creador. Las lecturas académicas presentadas en *Lectores del Quijote* conducen inevitablemente así a la reescritura del *Quijote* que se produce en *Autores del Quijote* (“de los mismos creadores de...”), en que el Menard borgeano vuelve a hacer de las suyas, para ser a un tiempo otro y él mismo.